

bate contra la carne es muy fuerte; pero más fuerte es la gracia de Dios, que se nos presenta sin cesar como una rodela que nos defiende y como una espada con que peleamos para conquistar un reino eterno, un lauro inmortal, que deseo á todos. En el nombre del Padre, etc. Amen.

## SERMON

### SOBRE LA CASTIDAD.

---

*Ne des alienis honorem tuum, et annos tuos crudeli; Ne forte... labores tui sint in domo aliena, et gemas in novissimis, quando consumpserit carnes tuas.*

No des tu honra á las extrañas, y tus años á una cruel; no sea que... tus sudores se queden en casa ajena, y suspires al fin, cuando hayas consumido tus carnes.

(Prov., cap. v, vers. 9, 10, 11.)

Gran razon tuviera el divino Pablo, cuando dijo que «la palabra de Dios es viva y eficaz, y más penetrante que toda espada de dos filos, y que alcanza hasta la division del alma y del espíritu, y áun de las coyunturas y medulas, y que discierne los pensamientos é intenciones más recónditas del corazon.» Testimonio perenne de esta verdad es el cambio universal de la humanidad por la palabra del Evangelio anunciada por los Apóstoles; prueba irrefragable son las estupendas conversiones que se han seguido de sólo oír de la boca de un ministro de Dios una sola sentencia del Espíritu Santo pronunciada con el énfasis y fuego que la caracteriza; prueba tambien incontestable son las cortas y admirables palabras que me sirven de tema para introducirme en el asunto que voy á exponer en este momento. Existen en el mundo grandes males en el orden moral, males introducidos por el pecado, males reconocidos como tales hasta por la depravada

razon y corta filosofía del paganismo; males que no podemos desconocer, á no ser que queramos embozar nuestra razon, eminentemente ilustrada por la fé, entre la tosca corteza de la brutalidad. Nos enseña la experiencia diaria que, además de las consecuencias ulteriores y funestas eternamente para el alma que se entrega al pecado, tienen estos males tanta influencia en la existencia del hombre en este mundo, que á las veces acibaran todos sus gozes inocentes y permitidos por la ley divina, y cortan el precioso hilo de la vida precaria que pasamos sobre la tierra: ¡tantos son los estragos que el hombre se causa á sí mismo por no obrar siempre en conformidad con los preceptos divinos, que deben pautar su libre albedrío y llevarlo sin cesar á su propia felicidad!

Este principio es infalible é incontestable; demos, pues, á uno de los hombres más sábios el encargo de tratar delicadamente de la causa de estos males; exíjale la sociedad que descubra entre los arcanos de la sabiduría todas las consecuencias de la inmoralidad, para ponerlas de claro ante los ojos de la muchedumbre y conmoverla; veremos, desde luégo, que el sábio se presenta con todo el aparato de un legislador, que echa mano de todos los resortes de la elocuencia humana, para deleitar desde luégo el principio con imágenes patéticas; formará un bello cuadro, parto de su facundia, entrettejido con mil tropos, en el cual represente todo el horror del crimen; pasará luégo á persuadir y convencer, y despues de haber perorado largo tiempo, quedarán las costumbres en el mismo estado, y los esfuerzos del orador se verán esterilizados; la razon es muy sencilla: el que habló fué un hombre.

Pero hable Dios; óigase aquella voz que hiende los cedros del Líbano, y vereis cómo sus acentos traspasan el corazon y lo derriten, llegan al interior del alma y la hacen estremecer; cuando habla este Sér divino, ¿creerá el filósofo que sus palabras, sus consejos y preceptos

tienen por fin único el mundo invisible, que existe más allá de la region sepulcral? No, ciertamente; acá en la tierra quiere que seamos felices, cumpliendo sus mandatos, y nos instruye en los males que nos acarreamos, cuando vivimos sin ley. Oigamos lo que nos dice sobre los males que son inseparables de la vida lujuriosa: «No des tu honra á las mujeres extrañas, ni tus años á una cruel; no sea que tus sudores vayan á parar á casa ajena, y te lamentos al fin, cuando hayas aniquilado tu cuerpo.» Señores, yo desafío á todos los sábios de la tierra, á que digan en una sola sentencia la causa de males infinitos que gravitan sobre cada uno de los hombres, como la ha dicho el Espíritu divino; tambien les convido á que proveyan de remedio, y publiquen todos los alicientes de la virtud, y estoy infaliblemente cierto que de sus sentencias no ha de resultar ni un solo hombre morigerado. Tiene, pues, la palabra divina el doble objeto de beatificar al hombre en el cielo y en la tierra: le anuncia los terrores de la eternidad para salvar su alma, y le pinta tambien los males que le causa en esta vida la lujuria y los demás vicios, para que sea dichoso hasta en su cuerpo ántes de pagar el tributo de muerte á la naturaleza.

El hombre podrá entregarse á la deshonestidad, obrando peor que los brutos; pero ved lo que le dice la Sabiduría divina; el lujurioso vivirá sin honor, vivirá entre miseria; vivirá sin salud; vivirá desesperado; sufrirá la ruina de su reputacion, la ruina de sus años, la ruina de sus sudores, la ruina de sus tesoros, la ruina de sus talentos, y la ruina é inanicion de su propio cuerpo. «¡Oh, cuántos males! exclama San Agustin al pensar en estas frases divinas. ¡Cuántos estragos causan los amores torpes! No hablamos del infierno, sino de esta vida, en la que el deshonesto se labra un infierno para sí.» ¿Un infierno en este mundo? Es muy extraño, cuando el lujurioso quiere que el cielo con sus delicias inefables quede

circunscrito á las acciones carnales. ¡Infierno en el tiempo é infierno en la eternidad! Sin duda, amados míos, es preciso comprender que hay en la lujuria dos crímenes, pues se castiga con los rigores de la vida y los tormentos del otro mundo; sin duda va el crimen contra Dios acompañado del crimen contra los hombres, pues no basta para su castigo el infierno eterno; y en efecto es así; «la lujuria es un atentado contra la sociedad y contra sí mismo;» y os lo voy á demostrar despues de haber pedido al Espíritu divino sus luces por la intercesion de María, á quien saludamos todos.

AVE MARÍA.

Tiene la Religion dogmas encantadores y suaves que elevan al hombre, y dogmas que lo llenan de terror y espanto; la predicacion de los primeros extasía al auditorio en general y deleita á cuantos la oyen, sin distincion de sábios ó ignorantes, de creyentes ó impíos, de pecadores ó justos. Los segundos no pueden ser anunciados sin que sus ecos encuentren mala acogida en el corazon del hombre corrompido, quien para evadirse de los terrores que estas verdades inspiran, tacha semejantes dogmas de fanatismo, y al que los predica con conviccion profunda, de fanático. Yo no temo hoy semejante imputacion, aunque existiesen entre mis oyentes Lucrecio y Epicuro con todos sus discípulos: nada ha de intervenir en mi discurso de cuanto existe más allá de la tumba; para nada he de llamar en mi ayuda el juicio de Dios, ni el infierno, ni sus tormentos, ni su fuego inextinguible, ni la temerosa eternidad; voy á hablar como si jamás hubiese oido pronunciar estos dogmas inconcusos; han de dar la sentencia contra el hombre lujurioso los filósofos, los políticos y los sábios; he de poner en armonía á todas las generaciones, á todos los siglos, para

que todos pronuncien solemnemente su anatema contra la impureza. El código divino, los Doctores de la Iglesia, los hombres eruditos no han de salir á la arena, sino como otros tantos filósofos amantes de la felicidad temporal de los hombres, que les aconsejan ser castos para cumplir con los deberes que la vida social les impone, y como otros tantos amigos que desean tener á sus hermanos largos años á su lado, disfrutar de su conversacion y amenizar sus dias entre las dulzuras de una vida inocente. Las casas de prostitucion con sus infames moradoras, los lechos de dolor do se desesperan infinitas víctimas de la lujuria, las familias, las ciudades, las naciones han de hablar por mí en este momento; yo no haré más que referir lo que pasa en el mundo presente, y aparecerá que sólo el Espíritu divino pudo decir en dos palabras toda la infelicidad temporal del hombre deshonesto; se verá claro que su vida es un infierno continuado, y por fin quedará demostrado que todas sus desgracias en este mundo son una pena condigna del crimen que comete contra la sociedad y contra sí mismo, considerado el hombre en relacion tan sólo con sus hermanos y con su existencia propia. Empecemos ya.

Por más que el egoismo de la filosofía carnal quiera ensimismar al hombre haciéndolo el fin último y único de todas sus operaciones, nunca arrancará del total de la humanidad una idea sublime, profundamente arraigada en la masa del linaje humano. Consideremos al hombre como morador de la tierra. ¿Para qué ha nacido? No ha venido al mundo para ser una fiera del desierto; existe para todos, no ménos que para sí mismo: el mundo es una gran cadena, compuesta de muchos eslabones, que han de estar en contacto y union unos con otros para formarla; si se desunen, la cadena desaparece. La sociedad humana es esta gran cadena; sería un absurdo decir que no necesitamos unos de otros; el rico necesita del

pobre, como el pobre del rico; los grandes no son grandes sino comparados con los pequeños; por una admirable conexión que Dios ha establecido, dependemos unos de otros naturalmente y sin violencia, quedando entretendida la sociedad, con orden y hermosura, de hombres débiles y fuertes, de opulentos y miserables, de ilustres y oscuros, de ignorantes y sábios. ¿No veis lo que es un vasto monte? Allí campea la esbelta palma, el robusto cedro, el copudo roble, la enorme ceiba; allí el débil arbusto, la rastrera yedra, la planta parásita y otras mil briznas de yerba; si desapareciesen los árboles frondosos, no podrían crecer bajo su sombra esas multiplicadas flores del desierto que lo hacen tan delicioso como un jardín, ni nos deleitaria el ver tantos festones que como guirnaldas, coronan y embellecen á los mismos que las sostienen en sus ramas; si se cortan todas estas plantas menores, la superficie de las montañas quedará estéril, y no pudiendo conservar las humedades, los soberbios troncos se esterilizarían. ¡ Ah! Quien examine con detención cualquier objeto inanimado, se ha de convencer que en el mundo no habría orden, ni hermosura, ni estabilidad, sin la mútua conexión de unos seres con otros; son éstos á las veces contrarios por su naturaleza y propiedades, como el aire, la tierra, el fuego y el agua, y eso no obstante, los unos viven con los otros, se ayudan y favorecen para conservar el equilibrio, y si así no fuera, el mundo físico se disolvería. Y ¿el hombre será ménos que las plantas del desierto? ¿Los hijos de Adán, semejantes en el cuerpo y en el alma, animados, racionales y espirituales, no han de tener entre sí las relaciones que tienen los elementos insensibles, para favorecerse los unos á los otros, y procurar directamente el sostenimiento comun, movidos á ello por la razón, cuando todos los demás seres visibles lo ejecutan, impelidos á ello por el instinto ciego ó por la ley imperiosa? Esta

verdad es más esplendorosa que el mismo sol, y sólo pudo desconocerla aquella filosofía cínica que, cavilosa y quiméricamente, dividió al hombre en estado natural, en social y civilizado, para enseñarle á ser más voluptuoso que las mismas bestias, á las cuales lo comparara con una osadía tan desvergonzada como cruel é impía.

Pero dejemos esta infalible teoría de la sociabilidad de los hombres, y entremos de lleno en la materia, supuesto que todos debemos coadyuvar al sosten de la sociedad en el estado que plugo á la Providencia dar á cada uno. ¿No es un crimen el atentar contra esta sociedad? El que pretendiese disolverla ó trastornarla, ¿no merecería la animadversión y anatema de todos los hombres? Nadie lo duda; y ¿hay acaso un sér más enemigo de la humanidad, más contrario á su permanencia y duración, que el hombre mismo cuando se entrega á los excesos de la lujuria? El fuego devorador que algunas veces reduce á cenizas ciudades populosas, ¿destruye tanto como esas llamas de la lujuria, cuya propiedad esencial consiste en devorar á otros al paso que aniquilan al mismo que las abriga en su pecho? «Entre todos los males que hay en la tierra, dice Hugo de San Víctor, no hay uno que se parezca á este; él hiere con más eficacia, daña más profundamente y persigue con más crueldad que todos los otros.» Prescindiendo por un momento de la degradación y miseria á que son condenados los hijos de la lujuria, no contando en nada los males inmensos que sufre la sociedad humana por multiplicarse los hombres por medios prohibidos por la ley natural y divina, ¿no se hiela el corazón al contemplar que el hombre, con sus crímenes demasiado precoces, reduce á la esterilidad de una piedra los objetos destinados por Dios á ser plantas frondosas, que, como la lozana palma, enseñen sus dorados frutos? ¿No causa espanto el ver que aquellos cuerpos dotados por Dios de fuerza y brío para mantener con sus sudores toda una

familia y para emplearlos en defensa de la pátria, se encuentren amortecidos y enervados por los estragos de la lujuria? ¿No le hace á uno estremecerse que se apoderen del entendimiento humano la ignorancia y estupidez que causa la lujuria, cuando este espíritu está destinado á elevarse hasta lo más sublime de la ciencia por la pureza de ideas y de accion? ¿No da horror el pensar que el dueño de los animales irracionales, el rey de la creacion, se coloca por sus lujurias en una esfera inferior á los mismos brutos, y que tiene en tan poco á sus hermanos, cuando se materializa en los placeres sensuales, que no duda llevar el duelo á familias enteras, reducir á cenizas las ciudades, sacrificar las naciones y hasta devorar á sus semejantes? Hé aquí una multitud de atentados, que no tanto pugnan contra la santidad de Dios y de su ley, cuanto contra la misma sociedad humana, contra su existencia y su mantenimiento.

Séase que consideremos al hombre en la pubertad y juventud; séase que lo miremos en la virilidad unido ya á la compañera que el cielo le haya dado, si se echa entre los lodazales de la impureza, es un verdugo de la sociedad; no esperéis que hombres de este temple den á la humanidad hombres que la sostengan; ántes al contrario, la privan de ellos; y si alguno sale á luz, sólo ha de servir para causarla lágrimas y pesar. Acordémonos, señores, del consejo que tuviera un rey antiguo con sus ministros; en el seno del pueblo precursor de la cultura de las artes, existia otro no ménos instruido que él en la civilizacion, pero incomparablemente más sábio que él en el culto de Dios; cada cual vivia segun sus ritos y leyes; el pueblo extranjero se multiplicaba de un modo que parece fabuloso; el grano de trigo deprimido entre la tierra y castigado con las escarchas invernales, no se erige con tanta lozanía en primavera, ni se ve coronado con fruto tan multiplicado en verano, como esta nacion se

propagaba bajo la sombra de su misma rival; sus incrementos son un motivo de suspicacia y hasta de terror para el monarca y sus grandes; se pretende su destruccion, pero se teme un rompimiento de armas; eran estos dos pueblos el egipcio y el hebreo; el maquiavelismo sugiere á Faraon la idea de aniquilar á los hijos de Jacob sin desenvainar la daga. «Destinémoslos, dice, á la elaboracion y coccion de los hornos y ladrillos; no tomemos las armas, porque estos extranjeros son más fuertes que nosotros.» ¡Qué! el pueblo de Israel, familia de pastores de ovejas, hombres inermes, sin más instrumento que la honda, ¿será más fuerte que un monarca ayudado de consejeros y escoltado de carros de guerra y de hombres instruidos en el manejo de la saeta y la lanza? «Sí; más fuertes son los hijos de Jacob, dice un sábio comentar, y la razon es muy obvia; eran los egipcios hombres lujuriosos, y viviendo desordenadamente, eran ménos aptos para el manejo de las armas por la enervacion de sus cuerpos estragados por la deshonestidad, mientras los hijos de Israel tenian la fuerza de un atleta por su vida arreglada.» Desengañémonos, amados míos; la castidad es el mayor preservativo de las enfermedades que destruyen la humanidad; y esta verdad fué conocida de la filosofía pagana, como lo atestiguan sus escritos, pues la Religion debe á aquellos sábios el haber ellos mismos trasmitido á todas las generaciones la descripcion de aquellas fiestas obscenas que tenian lugar en los templos de los ídolos, pintándolas, no como cultos dignos del hombre racional, sino como escenas repugnantes á la sana razon. Diré todavía más, con nuestro ilustre Doctor San Isidoro: «Hubo hombres entre los gentiles tan persuadidos de los estragos de la carne, que muchos de los gimnásticos guardaron absoluta abstinencia de todo placer, para mantener la robustez de sus cuerpos y la solidez de sus ideas, enseñando á todos que la vida licen-

ciosa enerva el cuerpo y lo lleva con rápida marcha al sepulcro.» Hé aquí cuanto nos dice la razon y la filosofía.

¿Qué nos enseña la experiencia? No quiero hablar de la ruina de Baltasar, poderoso monarca de Babilonia, ruina causada por la enervacion á que lo redujera á él y á sus vasallos la desenfrenada deshonestidad; pues miéntras él y sus grandes y generales se entregaban á la embriaguez mezclados con sus concubinas, el gran Ciro ponía en seco el ancho cauce del Éufrates, para desmoronar los palacios de la ciudad voluptuosa, y poner en la region de lo pasado el imperio más vasto y fuerte de la antigüedad. Tampoco nombraré á esa Roma y Cartago, cuya memoria colosal nos representa lo que es un pueblo lujurioso. ¡Ah! Si os acercais á las ruinas de Ninive; si os deteneis en medio de aquellos escombros, recinto antiguo de mil sonidos melodiosos, de mil encantos, y hoy reducto de fieras, donde el silencio sepulcral apenas es interrumpido por el graznido de alguna ave pavorosa, preguntad la causa primaria de tanta destruccion, y de entre las esculturas obscenas, de entre las osamentas humanas, amontonadas confusamente bajo la tierra, saldrá una voz fatídica y magistral que os dirá: «La lujuria convirtió nuestros jardines pensiles, nuestros alcázares y nuestros templos en region de espanto; aquí yace un pueblo que no llegó á su extincion sino por sus lujurias.»

Parece una quimera el afirmar que los hombres lujuriosos sean asesinos de la sociedad, y no lo es ciertamente; siglos há que lo enseñára el padre de todos los filósofos antiguos; Aristóteles, al considerar los excesos á que se entregan los hombres, se atrevió á decir que entre todos los animales, ninguno haría lo que hace el hombre, pues aquéllos no pasan jamás de lo que les prescribe su instinto para aumentar y conservar su especie, miéntras éste se estraga á sí mismo con sus lujurias

y se imposibilita, al paso que anonada la existencia posible de otros hermanos suyos. ¿No es esto un asesinato? ¿No es un homicidio? Es evidente que importa poco al deshonesto soterrar entre mil escombros á toda la humanidad, ó condenarla al hierro, al hambre, á la anarquía, á las desgracias todas reunidas, con tal que él satisfaga su sed de placeres en las ciénagas aguas de la carnalidad. ¡Qué! ¿Os parece exageracion? Leed la historia; mirad á David, al héroe de la Palestina, al que mano á mano vencía á osos y leones; al que de una pedrada ganó una victoria, al capitán ilustre, al general victorioso en mil combates, al Rey benigno y manso, al que ama tanto á sus vasallos, que por su amor y felicidad ha sacrificado toda su vida; tan celoso es de su honor, como del bienestar de su pueblo; no quiere que el opulento arranque al pobre ni la ovejita que posee, so pena de muerte. Pero ¿qué mudanza sobreviene á aquel corazón noble y magnánimo? Pone sitio su general Joab á Rabba, y pierde la mayor parte de su ejército...: lo participa á su Rey, y, como si la vida de un hombre no valiese nada, le contesta que aquello era insignificante. Hay en el ejército un soldado valeroso y denodado, cuya mujer tiene enajenado el espíritu del Rey; ninguno de sus artificios le ha valido para paliar la injusticia cometida contra Urías; sólo la muerte de éste puede darle ocasion de entregarse á los placeres carnales y de ocultar su adulterio; pues muera Urías. Para que éste sucumba bajo las afiladas flechas de los sitiados, es preciso que se acerque el ejército á los muros, que exponga imprudentemente su vida, que caigan miles de héroes sin necesidad; no importa: con tal que muera Urías, muera también todo el ejército. Causa cierto pavor el pensar en estos acontecimientos. ¡Tanta crueldad é injusticia en un hombre tan temeroso de Dios, que hirió su pecho de dolor por haberse atrevido á cortar un retazo de la purpurada fimbria de Saul! Pero no nos admiremos,